



**Enrique Cerdán Tato**

△▽

## **La raíz**

Le digo a mi padre, una vez más, que es inútil cuanto hacemos, pero suelta un gruñido y me mira con desprecio. Tiene los ojos febriles y hundidos. No parece sino que en ellos se cobijara la escasa vida que aún alienta. Así que me tumbo sobre el surco sin agregar ya ni una sola palabra. Estamos extenuados. En particular el viejo. Me da la impresión de que va a quebrarse, de un momento a otro, como una cañamiel.

Esto es una locura y nada más que una locura. También hoy hemos cavado durante todo el día bajo un sol espeso y ardiente. Y así llevamos casi un mes. Es una locura, lo repito, aunque él no quiera comprenderlo. «La tierra es la tierra», dice. Empuña la azada, la levanta y la deja caer, una y otra vez y otra y otra más, con una energía que no acierto a comprender de dónde le viene.

Me tumbo sobre el surco y le tiendo el paquete de cigarrillos. Ni siquiera lo ve -o hace como si no lo viera-, y saca su pipa de caña y se pone a fumar muy lentamente. Por sus cejas resbala el sudor. De pronto murmura: «No. No venderé nunca».

La casa está al pie mismo del alcor, entre dos vetustos algarrobos. Casi no la distingo desde aquí, pero me da mucha pena. Mucha. Las tapias del corral ya han comenzado a desmoronarse, y dentro de poco el tejado se nos vendrá encima. Y no hay remedio. Lo sé. Lo saben todos. Menos mi padre, por supuesto.

Aún hace mucho calor. El aire es pesado, y de la tierra removida surge un vaho asfixiante. El sol se pone. Tras la cordillera se advierte un resplandor rojizo y agónico.

Doy una última chupada al cigarro y lanzo la colilla. Todo cuanto me rodea está gastado. Es como un país bíblico. Mi padre también mira para la casa, y sus ojos se llenan con la luz del atardecer. «La tierra es la tierra y nosotros mismos», murmura.

-22-

A estas horas, como todas las tardes, bajan los canteros del cabezo. Nos llegan sus voces y sus coplas. Son buenas gentes. Gentes de otros lugares. Pasan cerca y nos saludan alegremente. Sienten un gran respeto por mi padre. Me consta. Los del pueblo, sin embargo, aseguran que anda salido de sus cabales, pero no se atreven a decírselo cara a cara, porque el viejo es aún muy hombre. No, no se pueden gastar bromas con él. Además, si he de ser sincero, no creo nada de cuanto dicen. Sucede que mi padre sabe algo que nosotros ignoramos. Creo que es eso. Eso y nada más. Porque lo creo, lo ayudo. Aunque ya estoy más que hartito. Decididamente, esto no es para mí.

«El año que viene todo será como antes. Mejor que antes. Compraré dos machos para la labranza y una jaca. Y levantaremos las cuadras, el lagar y la corraliza. Pero todo, todo volverá a ser como antes o mucho mejor que antes. Seguro».

Las nubes pasan muy altas y veloces, no sé por qué. El viejo agita el puño y las amenaza en silencio. Alguna vez -pero muy de tarde en tarde- cae un ligero chaparrón. Entonces padre se planta muy erguido bajo la lluvia y deja que el agua penetre todo su cuerpo. Pero las gotas, tan pronto como alcanzan el suelo, se evaporan, y el aire mismo entra en ebullición. Apenas si se puede respirar. Es una plaga, pero no quiere entenderlo. Sólo los lagartos pueden habitar este páramo. Se lo repito cada día, cada minuto de cada día, pero no me escucha. Por esto estoy ya tan cansado, porque sé que cuanto hacemos es inútil. Sólo deseo volver a la ciudad y olvidar definitivamente todo esto.

«No. No venderé nunca. La tierra no se vende, no puede venderse». En varias ocasiones me he reunido con el señor alemán y con su amigo en la taberna del pueblo. El señor alemán quiere comprarnos la finca, y está dispuesto a pagar un buen puñado de dinero. Si la vendiéramos, yo y mi hermana podríamos ir a la ciudad y vivir allí como viven otras personas. Pero no sé qué es lo que haría mi padre. El señor alemán es muy obstinado, de cualquier modo, e insiste una y otra vez. Yo le digo que sí, que me gustaría vendérsela, pero que no puedo porque no es mía y mi padre se niega a tratar con él. El extranjero jura que es lo mejor para el viejo, que así podría meterse en un hospital y curarse del todo. Lleva razón, le digo que lleva toda la razón, pero que no puedo hacer nada. Mi -23- padre no oye, no quiere oír, no se interesa por cosa alguna. Él ya no habla con nadie, en absoluto, salvo consigo mismo, y no siempre. Porque a veces parece no encontrarse ni aun dentro de sus propios cueros, sino en algún lugar muy distante, y da la impresión de ser un objeto, un árbol más bien. Pero en todo caso, algo muy ajeno y totalmente inaccesible.

Por último, el señor alemán y su amigo terminan los vasos en silencio, visiblemente decepcionados. Luego se meten en el gran coche negro y, antes de partir, justo antes de partir, prometen que volverán otro día, por si acaso.

Está anocheciendo. Las estiradas sombras de la sierra se precipitan sobre el valle. Más abajo el pueblo enciende su alumbrado eléctrico. Hasta nosotros sube un tenue

rumor de vida y el aullido de un perro. Miro a mi padre y siento una congoja muy honda.

De pronto rasga el aire la voz de Elisa: es el suyo un grito tan prolongado que termina confundándose con el aullido del perro. Me levanto y cargo con la azada y el pico. Espero unos instantes, hasta que de nuevo nos llama Elisa. Él no se da cuenta, no oye nada. Le sacudo unos golpecitos en la espalda y le digo que nos tenemos que ir. Pero no hace caso. Permanece sentado en el caballón, mientras sus grandes y secas manos palpan la tierra y la oprimen suavemente. Me agacho un poco, lo tomo de los hombros y tiro, hasta ponerlo en pie.

Estoy rendido. Sólo ahora comprendo cuánto hemos trabajado. Durante casi un mes hemos perforado el suelo sin encontrar rastro de agua. Y así uno y otro día. Es demasiado. Tampoco creo -por otra parte- que encontremos nunca una sola gota de agua. Esta tierra está maldita.

La noche es oscura y apenas si se distinguen los contornos del cerro. Caminamos lentamente por el cauce pedregoso de un ramblazo. De nuevo aúlla el perro, y tras su aullido se disparan los élitros del insecto. Tengo ganas de llegar a casa. Los pasos de mi padre son casi inaudibles. Vuelvo la cabeza y atisbo su gigantesca sombra, casi inmóvil, unos metros atrás. Me detengo y lo llamo. Voy hacia él y le hago coger un extremo del azadón, en tanto yo sostengo el otro. Temo que se quede rezagado, perdido en las tinieblas.

La tierra es la tierra, desde luego. Pero esta tierra ya no será como antes. Nunca volverá a ser como antes. Es tan sólo -24- un desierto. Un hermoso cadáver de guijarros y polvo. Nada más. Me gustaría gritárselo a mi padre, pero no me atrevo.

A lo lejos se enciende una débil luz. Mi hermana trata de guiarnos en la noche. ¡Pobre Elisa! También ella está dejándose los años sobre esta sucia paramera. Y le cuesta, como me cuesta a mí, soportar la incertidumbre, el duro trabajo de cada día. Sí, la verdad es que tengo lástima de todos nosotros y de esa vieja casona, que puede derrumbarse en cualquier momento.

Bruscamente me doy cuenta de que el viejo no me sigue. El extremo del azadón abre un áspero surco en el lecho de la torrentera. Busco en la oscuridad. Grito hasta desgañitarme. Desesperadamente extendiendo los brazos y palpo el fondo del cauce. Es muy probable que se haya sentado en cualquier lugar y espere el alba como si tal cosa. Él es así.

De súbito tropiezo con algo. Mis manos acarician ya el cabello hirsuto y corto del viejo. Me tranquilizo, sonrío y trato de levantarlo. Pero no puedo. Le pido que me ayude, que estoy muy cansado y apenas si me quedan fuerzas. Creo que intenta decirme algo. Me acuclillo y le alzo la cabeza. Sus ojos me miran profundamente. «La tierra es la tierra y nosotros mismos». Me incorporo y tiro de él una y otra vez.

El aullido del perro y el de Elisa han coincidido. Mis ropas están empapadas de sudor, y el aire crepita en torno. Sin embargo, no puedo abandonar a mi padre aquí en medio. Lo tomo por las muñecas y hago un último esfuerzo. Pero parece clavado en la tierra, talmente como una raíz. Estoy aturdido y ya no sé qué hacer. Me inclino de

nuevo y me abrazo a su cuerpo. De pronto siento náuseas; tengo la sensación de que se está hundiendo en el surco.

Es absurdo. Ha caído, sin duda, en uno de los muchos agujeros que nosotros mismos hemos cavado. De manera que agarro sus manos firmemente y tiro hacia arriba. Y tiro y tiro y su peso crece más y más.

Doy un brusco tirón, suena un chasquido y algo se me quiebra entre los dedos. Es tan sólo un sarmiento. Es tan sólo un sarmiento seco y nudoso. Un sarmiento. Pero no puedo contenerme y me pongo a gritar. Y grita mi hermana y el perro, y nuestros gritos se confunden en la noche, definitivamente.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

